

FERRER-BARTOMEU, Jérémie (2022). *L'État à la lettre. Écrit politique et société administrative e France u temps des guerres de religion (vers 1560-vers 1620)*. Ceyzérieux: Champ Vallon, 359 pp. ISBN: 979-10-267-1085-1.

El despliegue de las monarquías occidentales se desarrolló con fuerza en la primera mitad del siglo XVI. Esto fue posible tras su triunfo en la compleja pendencia contra otros poderes que cuestionaron en la Baja Edad Media su autoridad y compitieron con su poder. Los reyes lograron incorporar grosso modo a las ciudades, a la díscola nobleza territorial y a las potentes instituciones eclesiásticas, dentro de su administración. Para ello contaron con el apoyo interesado y, sólo en principio incondicional, de unos juristas que vieron en la consolidación del poder de sus amos una forma de promoción social y de puesta en valor profesional. Todo ello, sin embargo, tuvo consecuencias en el propio entorno regio desde el que emanaban, para dar satisfacción a las demandas de sus dependientes, de forma creciente órdenes, resoluciones y juicios. Para producirlos, el rey debía mejorar la densidad y la calidad de la información disponible. Una parte sustancial, aunque desde luego no toda, de este intercambio se veía reducida, codificada y sistematizada en el papel, en la escritura. No es de extrañar que uno de los elementos que está atrayendo con fuerza en las últimas décadas sea precisamente el de las formas, las materialidades, las representaciones, los tiempos y los protagonistas de esa comunicación. A esta

reflexión se ha llegado desde puntos de vista diferentes que incluyen tradiciones propias: desde la historia social e institucional más clásica, pasando por la historia social de la administración, hasta llegar a la historia cultural del poder. Es más, hay que destacar que los historiadores comprendieron, y baste aquí evocar el libro clásico editado por Descimon, Vincent y Schaub (1997), que tal fenómeno era común a los poderes occidentales y que estudiarlo resultaba un medio precioso para identificar sus similitudes, contradicciones, contemporaneidades y diferencias.

Para los lectores que conocen mejor el mundo hispanoportugués y su proyección en América, recordar la importancia de los secretarios reales no resulta difícil. La Monarquía papelera de los Habsburgo puso en valor la posición de unos agentes que, en principio, actuaban como correas de transmisión de la decisión del rey, pero que pronto, bien directa bien indirectamente, pasaron a jugar un papel político modulando esa voluntad y aprovecharon semejante situación de privilegio para promocionarse ellos y sus familias, apoyar a sus clientes y paisanos y colonizar con ellos desde arriba la administración. De Los Cobos y Eraso a los Pérez, los Idiáquez, los Ibarra... y tantos otros. Estos hombres hechos por el rey, a él todo debían. Por eso al especialista en historia de España debe resultar tan sugerente confrontar el mismo problema en un ámbito histórico tan próximo y tan lejano como el reino de Francia.

El muy interesante libro de Ferrer-Bartomeu plantea ver el fenómeno de la irrupción y consolidación de los secretarios que se desplegó en un espacio distinto, pero que tenía como raíces un mismo ideal de soberanía y se ubicaron y construyeron desde y en una misma cultura política. El contraste resulta muy atractivo pues en el reino de Francia se verifica la acción de los secretarios reales en un contexto político bien diferente a la notable estabilidad que tuvo el poder Habsburgo en España. La Monarquía de los Valois estuvo en continua zozobra entre 1560 y 1589, se vio reemplazada por una larguísima guerra de sucesión en 1589-1594, tras la cual el poder borbónico logró asentarse primero y consolidarse sólidamente después, a pesar del asesinato de Enrique IV, los conflictos entre Luis XIII y su madre, la disidencia hugonote y los alzamientos recurrentes de una poderosa nobleza que aún conservaba importantes bases territoriales. El escenario para constituir una Monarquía administrativa era, por lo tanto, bien diferente del español, como también las potencialidades de unos secretarios cuyo influjo sobre los reyes se veía mediado por el peso sostenido de los miembros de la familia real, por la presencia de unos favoritos de los reyes reclutados generalmente en el segundo orden, por las injerencias del clero y por las acciones de esa gran nobleza que pugnaba por adquirir y conservar una función casi vicarial respecto al príncipe. En este contexto la posibilidad de promoción era directamente proporcional a lo limitada de la autonomía de los soberanos.

Este volumen es resultado de una tesis doctoral (2017) defendida en la École National des Chartes bajo la dirección de Oliver Poncet, quien es reconocido, con toda justicia, como uno de los mejores especialistas del estudio de la historia de la administración en Francia, especialmente durante la última la Guerra de Religión en Francia y, en ese contexto, de la Liga Católica. El libro desgrana la actuación de los secretarios de estado del rey de Francia en un periodo muy turbulento donde debieron tomar posición entre las diversas facciones en lucha y actuar en contextos políticamente muy volátiles. Aunque el volumen trata de la figura de los secretarios y de sus despachos en general, queda claro desde el principio el protagonismo de Nicolas de Neufville señor (y desde 1615 marqués) de Villeroy. No es para menos, pues si este secretario de estado con Carlos IX y Enrique III, apoyó durante la guerra de sucesión a la Liga y al duque de Mayenne, supo integrarse al servicio y a la gracia de Enrique IV, encargándose de los asuntos exteriores, y posteriormente ocupar una posición preeminente en el entorno de María de Médicis, para morir en el momento en el que comenzaba destacar en él el obispo de Luçon, Armand Jean du Plessis de Richelieu. Una vida política tan completa, junto con las importantes memorias que dejó, convirtieron a la carrera de Villeroy en un observatorio privilegiado para comprender el desarrollo de la administración próxima a los reyes y su despliegue en tiempo de tumultos. Esto explica la atención que le ha dado siempre la historiografía clásica

que en ocasiones ha visto en esa continuidad las raíces de un estado moderno que se sobrepondría a los vaivenes del tiempo y estructuraría a medio plazo la historia del Estado de Francia.

Ferrer-Bartomeu, lejos de plantear un análisis teleológico o una biografía administrativa, lo que busca es comprender cómo, a través de los despachos de los secretarios fluye la voluntad del rey, cómo este proceso construye un saber propio, cómo aprehenderlo implicó consolidar definiciones sociales y cómo, en el fondo, todo ello estructuró una administración real donde se construye la política. Para lograr su objetivo el autor interroga tanto a las prácticas materiales de producción y circulación de documentos, como al uso que de ellos se pudiera hacer. A lo largo de su texto se hacen análisis concretos sobre diversos dosieres buscando ilustrar las dinámicas desplegadas, y dando cuerpo a una profunda reflexión teórica.

El volumen se organiza en tres partes que permiten al autor definir bien su objeto, y dialogar con las diversas interpretaciones que se han avanzado para explicar la institucionalización política en el siglo XVI. Generalmente el libro se ubica en las tradiciones historiográficas francesas, pero no por ello deja de haber alusiones a la historia cultural y administrativa española, inglesa o italiana. El volumen se inicia con una primera parte «Las instituciones del escrito político: en el corazón del Estado de la primera modernidad» organizada en dos capítulos: «La administración el escrito político»; y, «Escribir, pensar, ordenar. Las

instituciones de lo escrito». En ella se desglosa la organización y el desarrollo social, material y humano de esa alta administración que, en la corte y en las embajadas, produce y hace la circulación de la información y las decisiones regias. De esta manera se puede apreciar esta parte de la administración regia como una persona colectiva que se define y se construye por el uso de la escritura. La segunda parte del volumen confronta «La práctica del escrito y los arcanos del Estado» y desarrolla su pesquisa a través de tres capítulos: «Estructuras políticas y autonomía de los autores»; «Las figuras del administrador de la primera modernidad»; y «La puesta en circulación de la información política y administrativa y los arcanos del poder». Aquí se enfatiza un tema tan actual en la investigación histórica como es la comunicación política y el papel jugado por lo actores como simples transmisores y/o como creadores de la misma, algo que resulta muy atractivo en un contexto en el que se pasa de una guerra civil y de una sumisión a los vencedores, a las afirmaciones de continuidad que trae el régimen de Enrique IV. Valiéndose de las propuestas de Pierre Bourdieu y Michel Dobry el autor confronta los diversos artefactos y las diversas razones (sociales, culturales, familiares, técnicas...) que condicionan la actuación de unos pre-burócratas que producen y reflexionan un saber administrativo que les define y que busca ordenar, en su beneficio, un mundo en caos. El libro incorpora una tercera parte sobre el «Estado y el rey: una Monarquía administrativa»; declinado igualmente en tres capítulos, que empiezan con un

cambio de tercio y dedican el primero a la representación del secretariado en el océano iconográfico donde era la gloria militar la que primaba como imagen de la eminencia social o de la eficacia administrativa; para ello se recurre a varios ejemplos tanto españoles como franceses. Los otros capítulos vuelven a la producción textual y a la circulación en los documentos de los secretos del Estado. Se muestra aquí cómo se buscó, con una insistencia que es explícita de la falta de resultados, regular la producción y la contención de la información por y en el entorno regio. Pese a esa falta de éxito, pero también a través suyo, fue forjándose una cultura de gobierno que incluía no sólo al entorno de los secretarios, sino también a todo tipo de agentes que proyectan a escala geopolítica las decisiones y las inquietudes del poder del rey. Para entender esta cultura, el autor vuelve a reflexionar sobre las formas de la escritura y de la, no poco confusa a veces, gestión del secreto como una vía de gobierno que culminaría en el siglo XVII.

Un libro tan denso, rico y estimulante como éste sitúa la reflexión en un ámbito concreto de la alta administración lo que es un acierto pues invita a compararla con otras realidades. Sin duda una bibliografía final ayudaría al lector a ubicarse en el contexto historiográfico

del autor, de la misma forma que un mapa serviría para definir de manera más clara los espacios sobre los que se trata, como sí lo hacen las imágenes que se reproducen en la parte tercera del volumen. Precisamente la densidad de su análisis y de sus informaciones, que a veces resultan un tanto reiterativas, también llama a plantear cuestiones mayores sobre cómo y dónde ubicar la acción de los secretarios y sus despachos en el marco global de la escritura por la que circulaba y se construía la política, una escritura que tuvo muchos protagonistas a escala local, y regional y que desbordaba un muy limitado entorno regio cuya debilidad quedó de manifiesto precisamente con el ciclo de guerras civiles de la segunda mitad del siglo XVI; viendo las cosas de esta forma sería muy estimulante ubicar la producción documental y de cultura administrativa de las secretarías en ese conjunto, y a partir de ahí, aunque sólo fuera como hipótesis, aventurar una interpretación de su peso efectivo en un marco necesariamente relativo. Todo ello sólo será posible a partir de un conocimiento tan fino, serio y convincente de la construcción del Estado a través de la producción de lo escrito como el que aquí propone Ferrer-Bartomeu.

José Javier RUIZ IBÁÑEZ
Universidad de Murcia